LA SOLEDAD DE LOS REPTILES

ANTONIO BONET DE LUNA

EDITORIAL POSIDONIA

PRIMER DÍA

1

Clara se ha levantado y acaba de salir del dormitorio. La oigo recorrer el pasillo despacio, intentando no hacer ruido, como si temiera despertar a un oso o a una manada de lobos que llevan días y noches sin comer. Finjo seguir durmiendo. Al llegar al salón, se le escapa un grito; más bien la contención de un grito. Abro los ojos. Los de Clara, desconcertados y azules, están clavados en los míos.

—¿Qué haces aquí?

Debería ser yo quien pregunte qué estoy haciendo en el sofá, pero no me atrevo. Algo tuvo que ocurrir anoche en esa fiesta de cumpleaños. Ella está preciosa con su bata blanca, el pelo rubio todo revuelto y esa ronquera que le da un toque de sensualidad.

—Habías cerrado con pestillo —respondo con una voz igual de castigada—. ¿Qué hora es?

Suena la alarma del móvil: son las siete y media. Clara vuelve a mirarme con una mezcla de estupor y sorpresa, y regresa al dormitorio. Estupor, sorpresa y ¿miedo? ¿Había miedo en su mirada? Antes, al hablarme, ¿le ha temblado la voz? Tengo que salir en media hora y no comprendo qué ha podido pasar. Anoche, en la fiesta, discutí con alguien por una tontería. Debíamos de estar los dos hasta arriba de copas. Lo siguiente que recuerdo es despertarme

tumbado boca arriba sobre el suelo del salón, con un dolor de cabeza insoportable, y preguntarme: *¿Por qué no estoy en la cama con Clara?* Me había caído del sofá y eran las cuatro, aún faltaban tres horas y media para que sonara el despertador.

Me hacía pis y sentía la boca pastosa. Me levanté y busqué a tientas el pasillo, los pies fríos sobre el mármol al dejar de pisar la alfombra. Al llegar, palpé las paredes hasta dar con el baño de la entrada, que olía ligeramente a vómito —¿vomité al volver de casa de Astrid? Si lo hice, tampoco me acuerdo—, encendí la luz y vacié la vejiga durante al menos un minuto. El pis apestaba a destilería: bebimos mucho en esa fiesta y no sé qué pasó al final, solo que discutí con ese tipo alto con rizos en la nuca.

Dejé encendida la luz del baño y me acerqué al dormitorio. Clara se había encerrado por dentro; igual nos peleamos anoche o yo estaba tan borracho que monté una escena, no lo sé. No quería despertarla. Pegué la oreja a la puerta por si escuchaba su respiración, pero no se oía nada.

Me tragué una aspirina con agua de la nevera —estaba tan fría que me dolieron los dientes—, volví tiritando al sofá y me tapé con esa manta en la que se arrebuja Clara cuando vemos películas juntos. Mi cabeza era un yunque golpeado a ritmo constante: ¡bom, bom, bom…! Aun así, logré volver a dormirme.

Todavía retengo imágenes de lo que he soñado hace un momento, justo antes de despertar: reptaba por una selva prehistórica —no sé por qué pienso que era prehistórica, quizá porque todo era inmenso— arrastrándome entre lianas, helechos y una vegetación desconocida mientras se oían aullidos de criaturas que no podía ver, siseos, graznidos de aves. La temperatura era cálida y húmeda; el terreno, blando y arcilloso, y yo avanzaba veloz, a ras del suelo, junto a unas flores color púrpura con forma de cuenco. Eran

plantas carnívoras que se cerraban, cada vez que un bicho caía en ellas, en una especie de abrazo mortal. Se oía el zumbido del insecto agonizante y ellas, al devorarlo, desprendían el hedor dulzón del sexo o la muerte. Todo era de una nitidez hiperrealista: podía ver, oír, oler con la precisión de los depredadores, y sentía una vitalidad, una lucidez y determinación que no había experimentado nunca.

Luego se ha abierto la puerta del dormitorio y me he despertado. O quizá ya estaba despierto antes de salir ella y ha sido en estado de duermevela, a medio camino entre esa selva del sueño y el sofá del salón, cuando Clara me ha preguntado con ese temblor y ronquera en la voz:

—¿Qué haces aquí?

Ahora el salón está invadido por una luz débil, de invierno, y no necesito asomarme a la ventana para saber que ha amanecido nublado. La jaqueca persiste algo más mitigada, como si cientos de alfileres diminutos me atravesaran el cerebro. No es la mejor manera de empezar un día tan importante.

Abro el cajón de las medicinas en busca de algo más fuerte y me asomo a la ventana. Veo:

Edificios grises bajo un cielo gris.

Aceras sin barrer, cubos de basura en los portales, peatones que caminan deprisa o sin ganas.

Árboles pelados, cadavéricos.

Vehículos detenidos ante el semáforo en rojo —un tipo con gorra de lana ofrece clínex a los conductores sin que nadie, ni uno solo, baje la ventanilla—.

No es un buen presagio que la mañana empiece así, con este tiempo plomizo y Clara enfadada o alterada o como quiera que esté. Vierto el contenido del medicamento en un vaso con agua y dejo que se vaya disolviendo. Los pequeños alfileres se han transformado en agujas finas y largas que atraviesan mis sienes de lado a lado.

•

Me acerco a la puerta del dormitorio, muevo el picaporte y está abierta. Clara pega un respingo al verme entrar. Me sorprende verla ya vestida; normalmente desayuna en bata y se ducha después.

—Tengo que cargar el móvil —le digo.

Lo pongo a cargar en mi mesilla de noche.

—Voy a darme una ducha.

De camino hacia el baño, me acerco a ella, que se aparta. ¿De verdad me tiene miedo?

—Clara, ¿qué te pasa?

Le tomo la mano. Ella la retira como si le hubiera picado una víbora.

—¿Hice algo en casa de Astrid?

Da un paso hacia atrás, el cuerpo tenso. Nunca la había visto así conmigo. Entro en el baño intentando aparentar que no me afecta, abro el grifo de la ducha y alzo la voz para que ella me oiga:

—Si hice algo malo, dímelo.

Me gustaría poder borrar lo que quiera que hice, pero antes o después tendremos que hablar del tema.

Y de lo de hoy. Llevo años esperando este día. No he querido anunciárselo a Clara para darle una sorpresa y celebrarlo juntos esta noche, ahora no puedo porque ella está como está. Dejo correr el agua y meto la mano para comprobar si está caliente. En el baño aún persiste la fragancia del perfume que se puso ayer. Nunca recuerdo el nombre de la marca. Como en esa comedia romántica que vimos juntos en que a una pareja la interrogan por separado: «¿Cómo se llama la crema facial que usa su mujer?». Gérard Depardieu no se acordaba y el otro, un inspector trajeado y serio, se daba cuenta de que se había casado para conseguir los papeles y poder quedarse en el país. Nosotros

llevamos dos años viviendo juntos y, si a mí me preguntaran cómo se llama el perfume que usa Clara, tampoco lo sabría, nunca reparo en esas cosas. Si me lo dieran a oler, lo reconocería, pero no leo las etiquetas.

Me meto en la ducha. «Nunca te fijas en lo que llevo —suele quejarse, y no es verdad: ese vestido rojo que llevaba en Londres y el traje negro de anoche…—. ¿No has visto el jarrón nuevo de la entrada? Lo compré ayer». Y es que Clara tiene la habilidad de, con dos o tres toques, dar vida a la casa. Puede que parezca que no me doy cuenta, pero aprecio esos detalles, no me fijo en ellos y a la vez los noto. ¿Estamos en crisis? Hace un par de meses, durante el viaje a Londres, casi todas las noches hacíamos el amor; ¿qué es lo que ha cambiado? Cierro los ojos y dejo que el calor del agua me empape la cara. Puede que estas últimas semanas, con lo del ascenso, haya estado demasiado centrado en el trabajo, volcado en todos esos informes y reuniones desde que Villalobos anunció que tenía posibilidades: «Estamos pensando en usted para el puesto, De Benito. No le prometo nada, pero, si sigue en esta línea…».

•

Limpio la superficie del espejo del cuarto de baño, llena de vaho. No puedo presentarme en la oficina con resaca y los ojos rojos, ¡cómo escuecen! Levanto el párpado izquierdo y me echo gotas, se reduce el picor; luego el derecho, qué alivio. Los mantengo cerrados. Mientras Astrid y Clara, en la fiesta de ayer, me miraban de soslayo, es evidente que hablaban de mí: ¿por qué? Abro los ojos. El líquido desciende por mis mejillas como lágrimas.

Suena el móvil de Clara en la habitación, seguro que es Astrid. Para comentar lo que quiera que hice, para desprestigiarme y hundirme y meterse todo lo que pueda conmigo,

esa lesbiana reprimida que anda tras ella y no lo sabe, o sí lo sabe y se hace la que no. O quizá sea Ana —Ana también me miró de esa manera, me acaba de venir la imagen: incluso Emilio hubo un momento en que…—.

—Ahora mismo está en el baño —oigo susurrar a Clara—. No puede seguir aquí mucho tiempo, a las ocho tiene que irse a trabajar. ¿Cómo? No lo sé, ahora te llamo.

Cuelga. Le hablo en voz alta a través de la puerta:

—¿Quién era?

—No te importa.

—¿Hablabais de mí?

No contesta, aunque es evidente.

—Clara, escucha, si ayer hice algo que…

—No quiero hablar, Bruno.

La oigo abrir cajones, cerrar una cremallera, revolver con prisa en el armario. ¡Menos diez! Si se le pasa el enfado, o lo que sea que tiene, esta noche podríamos cenar fuera de casa. Ella es más de aguacates y quinoa o, como mucho, un pescado a la plancha con brócoli, pero yo tengo ganas de comer carne roja poco hecha. Casi cruda.

—¿Salimos a cenar esta noche y aclaramos todo?

La oigo salir de la habitación, ¿por qué he tenido que preguntar eso? Y ¿cuánto tiempo va a estar ella así? ¿Tiene que estarlo precisamente hoy? Llevo soñando con este ascenso desde que cumplí treinta años y ahora, con cuarenta y dos, al fin llega el momento y hace un día de mierda, me duele la cabeza y ella está así. Grito:

—Si vas a hacer café, ¿te importa prepararme uno doble?

Clara no me ha oído o no le da la gana de contestar. La verdad es que tengo el estómago medio revuelto y es preferible, de momento, no beber ni agua. El vapor de la ducha no me deja verme en el espejo, aunque se aprecia que el rojo de la corbata queda bien con el azul pálido de la camisa y el gris oscuro de la chaqueta. Ahora, con el

ascenso tan cerca, tengo que cuidar mi aspecto más que nunca. *Ya sé que fueron muchos* gin-tonics. Me cepillo los dientes. *Todos bebimos mucho en esa fiesta, Clara, tú también, y Ana y el tipo ese de los rizos, hasta esa chica que era… ¿era jueza?* No termino de ver mi cara, solo una mancha color carne en medio del vaho. *Hasta Emilio acabó borracho*. La jaqueca no remite, o quizá un poco.

•

Entro en la cocina y ella no está. Vuelvo al salón.

—¿Clara?

De ella solo queda el cartel de esa película de los sesenta que tanto le gusta, *Two for the Road*. En España la titularon *Dos en la carretera*. Lo encontramos en Londres, en una tienda del Soho. «Es mi peli favorita de Audrey Hepburn y sabes que me encanta Audrey Hepburn», dijo ella, así que acabamos comprándolo. El cartel era muy grande, lo trajimos enrollado en el avión, lo colgamos en esa pared, justo encima del televisor, y un domingo lluvioso ella me puso la película. Contaba la historia de una pareja, con música romántica y todo desordenado: se conocían y no tenían dinero, luego él era arquitecto y estaban en crisis, se engañaban, se reconciliaban, luego eran jóvenes otra vez y se hacían novios, después estaban casados y tenían una hija, luego acababan de conocerse y la historia seguía hacia adelante y hacia atrás, a saltos. Y estaban siempre de viaje. A Clara le gustan las películas de amor, sobre todo las antiguas. Cuando vivía solo, yo solía ver las de acción, con tiempo lineal y tramas simples, bastantes problemas hay en la vida como para que, encima, te hagan pensar. Pero el cartel ha sido un éxito: gusta mucho a los amigos cuando vienen, ¿hace cuánto no viene nadie? ¿Ya son las ocho?

—¡Me voy! —grito por si ella sigue en casa, y una púa traspasa mi nuca.

Ni ella responde ni yo esperaba que lo hiciera.